

Prólogo que pudo muy bien ser epílogo (y viceversa)

Por Fernando Tinajero

Querido Raúl:

En la primera de las diez cartas que escribió Rilke a Franz Xavier Kappus, se lee lo siguiente:

Nada es menos eficaz que abordar una obra de arte con las palabras de la crítica: de ello siempre resultan equívocos más o menos felices. Las cosas no son tan comprensibles y descriptibles como generalmente se nos quiere hacer creer. La mayor parte de los acontecimientos son indecibles; se consuman en un ámbito en el que jamás ha penetrado palabra alguna, y más indecibles que todo son las obras de arte, existencias misteriosas cuya vida perdura, al contrario de la nuestra, que pasa.

¿Que piensas de esto, Raúl? Los nuevos sabios de nuestras tierras, esos que nos fatigan a diario con su muletilla estructuralista no muy bien digerida, pondrán el grito en el cielo al leer esas palabras de Rilke y declararán pomposamente que deben ser cargadas a la cuenta del irracionalismo metafísico, ajeno por completo a la comprensión objetiva y científica de las cosas. No voy a romper lanzas contra ellos, y no lo haré porque tampoco tengo tiempo para semejantes polémicas. Por mi lado, y sin importarme que guste o no a los sabios, te diré que, a mi modo de ver (el de un mero aficionado, no lo olvides, el de uno que se especializa en no ser especialista en nada) gran parte de la jerigonza estructuralista, entre nosotros, está impregnada de un neo-kantismo disfrazado, ese sí perteneciente a la tradición de la metafísica idealista. Marx nos enseñó (siguiendo venerables rumbos del pensamiento Occidental) que todo conocimiento viene de la práctica, y la práctica no es una simple lectura de signos, sino la manipulación de objetos. Manipulación que no excluye la existencia de una zona inaccesible para la muda razón, por el simple hecho de que los objetos manipulables son siempre concretos y de ningún modo pueden confundirse con la realidad total. No quiero decir que sea inútil el esfuerzo por desmontar las estructuras significativas de cualquier género, sino que ese esfuerzo debe ser consciente de sus propios límites. Por todo lo cual, guste o no a los sabios, también en este caso quiero apropiarme de las palabras del poeta de Duino para decirte que no me cabe en la cabeza la idea de escribir sobre tus cuentos. Si para pulir lo que te dije en una conversación no me ha servido mi tiempo, para escribir un prólogo a tu libro no me sirven las palabras de la crítica: con ellas apenas llegaría a balbucir ciertas sandeces pseudo-eruditas, pero no me sería dable penetrar en lo más hondo de tu quehacer. Por eso prefiero escribirte esta carta (y es cosa tuya publicarla o guardártela) en la que, siguiendo el mismo hilo de pensamiento me es más fácil decirte sencillamente esto: *la literatura que estás haciendo parece ser (o parece poder convertirse en) la literatura de un tiempo en el que no hay tiempo para la literatura.*

¿Te parece un trabalenguas? Tómalo así, si lo prefieres. En cualquier caso, no es crítica. Es un esfuerzo por penetrar en lo más valioso de tus cuentos. Aquello que está en el trasfondo de tus temas tanto como en el nivel más superficial de las palabras; aquello que, para decirlo de una vez, parece un cerco de hierro que pones al lector para impedirle que se ponga a fantasear y obligarle a que confiese, como en las cursilerías publicitarias, que cada cuento tuyo es “una página arrancada de la vida”.

Y esta bien que así sea, Raúl, está bien que así hayas comenzado. Ocurre que ahora, por fuerza de las contradicciones del mundo en que vivimos, hay dos tipos de escritores (aunque tal vez siempre los hubo): aquellos que, aterrados por lo que la historia ha resuelto hacernos vivir, dedican su talento a crear fantasías sin asidero posible en la realidad, y aquellos otros que, acuciados por la idea de una responsabilidad social, optan por convertir a la literatura en un instrumento agitacional. Ambos, a mi juicio, están haciendo justamente esa literatura para la que ya no tenemos tiempo, es decir, aquella que se queda simplemente en las palabras, ya sea por no dotarlas de “terrenalidad”, ya sea por cargarlas de ella en exceso.

Tú, en cierto modo, estas transitando por un andarivel intermedio que, precisamente por serlo, es muy difícil. Has querido pagar un modesto tributo a la imaginación porque, según me parece, te ha interesado más pagarlo a la realidad, y no a una realidad cualquiera (una de esas que deben escribirse con mayúscula y que por ser intercambiables no pasan de ser huesudas abstracciones), sino a una realidad vivida. Así has construido tus cuentos: poniéndoles como armazón hechos y situaciones que se revelan plenamente como experiencias vitales, y agregándoles detalles imaginados con mesura y ponderación tales, que muy bien podrían pasar como no imaginarios. Has ganado de este modo en carnalidad lo que acaso para algunos sea perdida en brillantez fantasiosa y desbordada.

Está bien así, Raúl, te lo repito, Entre los escritores del primer género que he mencionado habrá seguramente muchos que miren con desdén tus cuentos, reprochándoles por cuestiones de lenguaje, o de técnica, o de... en fin, tú ya sabes, esas cuestiones que para ellos son las medulares cuando en verdad no dejan ni dejarán de ser nunca accesorias. No te preocupes por eso. Escucha lo que te digan, sí, y con mucha atención, pero da a la crítica el lugar que se merece. Habrá otros, los del segundo género, que solo estarán dispuestos a reconocerte mérito en aquellas páginas en que te deslizas hacia lo que ellos llaman pomposamente “el compromiso político”. Tampoco hagas caso. También debes poner a la política en el lugar que le toca. En una palabra: piensa que un escritor no debe escribir para los demás escritores (eso ya hicieron los *cleros* medievales, a quienes la historia ha juzgado, ¿verdad, Julien Benda?), sino para todos los hombres —en principio al menos. Y todos los hombres (todos los que en nuestro país pueden leer) nos están diciendo todos los días que ya no les hacen falta las joyas de estilo ni los panfletos pseudo-revolucionarios, sino las “páginas arrancadas de la vida”, ese tipo de páginas que por su carácter testimonial nos permiten a la vez la proximidad y el distanciamiento que necesitamos para entender mejor (o para entender simplemente) el mundo en que vivimos —el mundo en el que debemos actuar. Porque si el conocimiento viene de la práctica, también debe volver a ella. De ahí que yo sostenga con insistencia (aunque nadie me haga coro) que nuestro tiempo nos exige mucho más que palabras. De ahí que yo esté convencido de que, entre los deberes de los intelectuales, el primero es el de formular y desarrollar una ética de la liberación, puesto que la ética se refiere al reino del actuar, y la liberación es nuestro primer e insustituible objetivo histórico.

Con todo esto no quiero expresar que tú, Raúl Vallejo, ecuatoriano de diecitantos años, ha logrado la clave de lo que debe ser la literatura. No lo digo porque no existe esa clave, ni la literatura debe ser esto ni lo otro, ni tú has hecho otra cosa que dar el primer paso. Lo que te digo es que, a mi juicio y con todo el respeto que pueden merecer otras opiniones, el haber escogido la traducción de la vida vivida a las palabras

impresas, representa una opción correcta. Si permaneces en ella y al mismo tiempo te abres al mundo y te nutres con las experiencias que él te ofrece, mañana ya no te servirás solamente de tus propias y personales vivencias para construir tus cuentos, sino que acaso te sirvas de las experiencias colectivas, aquellas que nos conciernen a todos, aquellas que por ser tan trágicas unas veces y tan felices otras, no se dejan manosear bien por los “estilistas” ni por los “panfletarios”, sino que exigen ser tratadas con la decencia que solo tienen los verdaderos artistas, que no son ni lo uno ni lo otro, sino hombres que saben encontrar el lenguaje universal para expresar contenidos universales. Y es posible que ni siquiera tengas que romperte la cabeza fabricando historias que te sirvan para expresar metafóricamente o simbólicamente esas grandes experiencias colectivas (que tienen también, no lo olvides, una enorme y rica carga subjetiva), porque tales historias existen realmente y han sido ya vividas por hombres y mujeres de carne y hueso —*esos hombres y mujeres que codeamos a diario en la calle y muchísimos otros que ni siquiera imaginamos porque están fuera y lejos de ese pequeño y traumatizante mundo nuestro de “intelectuales” pequeño-burgueses, ciegos y sordos a lo que no sea palabra impresa o conferencia académica.*

No es que te de consejos, Raúl, ni que haga profecías, pero pienso que si sigues trasladando al papel la vida vivida, no será difícil que desemboques en una literatura testimonial con la cual podrás hacer más bien a nuestro país que todos aquellos “estilistas” o “panfletarios” que nos aburren ya con sus experimentaciones de lenguaje o con sus trasnochadas verborreas pseudo-revolucionarias. Pero no olvides que uno de los más altos poetas y teóricos de la literatura de nuestro siglo, Thomas S. Eliot, escribió alguna vez esta profunda sentencia: “La marcha del artista es un sacrificio continuo, una continua extinción de su personalidad”.

Y lo es porque el arte no puede nutrirse exclusivamente de los jugos vitales de la subjetividad, sino que exige aquellos otros que provienen de la vida colectiva, no reducidos a los términos objetivos que dañan lo ajeno, sino revividos por el yo del artista, antena y portavoz de su tiempo, de su clase, de su pueblo.

Que así sea, Raúl, que así madure esta primera etapa de tu quehacer. Te lo deseo de todo corazón, yo que me he enredado también en complicaciones “esteticistas” y “comprometidas”, y que después de este terrible 1977 creo estar saliendo a otra luz, tal vez no definitiva, pero cierta por ahora.

Te abraza fraternalmente,

Fernando Tinajero

Diciembre de 1977